

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VII--TOMO I--NÚM. 17
Director: Lic. RAFAEL REYES SPÍNDOLA.

MÉXICO, ABRIL 29 DE 1900.

SUBSCRIPCIÓN MENSUAL FORANEJA, \$1.50
IDEM IDEM EN LA CAPITAL, \$1.25
Gerente: ANTONIO CUYÁS



VACILACIÓN.

EL EXTERIOR

Revistas políticas y literarias

- 1.—La intervención de las potencias.
- 2.—Un sindicato del Porvenir.
- 3.—En la India.
- 4.—"Il Fuoco."

La guerra en el Africa Austral va á entrar en su período álgido; no ha faltado calor en los períodos recorridos ya; ahora va á ser húmeda la cuestión y luego fría con el frío atroz de esas comarcas; en suma, la resistencia de los bóers que será, todo lo indica, desesperada, y la aglomeración de hombres y recursos que crece y crece del lado de los ingleses, demuestra que, mientras que en París se celebran los beneficios de la civilización en torno de una vorágine de alegría y de luz, el siglo XIX se cerrará en el vértice africano con una obra implacable de sangre y muerte en el brocal de un pozo de oro.

Y está dicho, en este atentado de lesa humanidad, en este horrible combate entre dos débiles, uno por el número, que solo hasta cierto límite puede suplirse con el heroísmo y otro porque lucha sin entusiasmo, puesto que ni defiende la patria ni conquista la gloria, en medio de la antipatía de los pueblos, no pueden los grandes, los formidables soldados de la civilización, Rusia, Alemania, Francia, los Estados Unidos, no pueden separar á los combatientes y poner entre ellos una bandera blanca. No pueden á pesar de la conferencia de La Haya, mejor dicho, precisamente por la conferencia de La Haya, el famoso concilio láico reunido con el objeto de buscar "la solución pacífica de los conflictos internacionales."

Pues he aquí el óbice: las estipulaciones solo obligan á las potencias signatarias; y como el Transvaal no firmó por la sencilla razón de que, por falta de invitación no concurrió, luego.... ¿Y por qué no concurrió? Porque Inglaterra se opuso y, en tales términos que, en caso de haber sido invitado el Transvaal, Inglaterra no habría concurrido á la conferencia y esta perdía, por ende, casi toda su importancia. Y los invitantes, Rusia y Holanda, no se atrevieron, con sus deseos y todo, á excluir al imperio británico y por este solo hecho, reconocieron la supremacía ("suzeraineté") de la Gran Bretaña sobre la República de allende el Vaal. En nombre de los principios admitidos por la Conferencia no es posible impedir á una de las naciones signatarias reducir á la obediencia á un Estado vasallo en rebelión.

¿Pero qué, tratándose de una gran causa humana, todo habrá de estar sujeto á ritos y á consecuencias más ó menos correctas de los protocolos? Pues figurémosnos que no hubo tal conferencia; no habría un amigo de ambos combatientes, ligado por intereses con uno y por simpatías con otro, que pudiera traer su silla, sentarse entre ambos y decir: alto el fuego, conversemos... No había más que un amigo facultado para hacer esto: la Unión Norteamericana; no Francia, hoy en relaciones casi hostiles con la Gran Bretaña: en los salones los jefes de la familia se saludan cortésmente, en el patio se insultan y se golpean los niños y los cocheros. Alemania y Rusia tampoco pueden, se negaría el ama de la casa y se tendrían que contentar con dejar al portero sus tarjetas.

Los Estados Unidos, sí serían bien acogidos; lo fueron; pero aquello tuvo más bien el aspecto de una simple formalidad, de un modo diplomático de salir del paso que otra cosa; los norte-americanos pueden y deben insistir; demasiado hábil es Mr. Hay para no encontrar una forma y una ocasión nuevas. Ciertamente, es cuestión de amor propio para los ingleses y esto la hace más delicada; ¿pero si Krieger y Steyn hiciesen una nueva súplica sobre la base del respeto á la autonomía, no á la independencia de las repúblicas confederadas?

Queda la intervención armada. ¿Y quién pone este cascabel al leopardo? No Francia por miedo á que Alemania aprovechase la coyuntura, ni Alemania, por la misma razón. Queda Rusia, es la única que está en condiciones de dictar su voluntad á la Gran Bretaña sobre la cuenca del Indo. Por ahí anda una carta del Emir de Afghanistan al virrey de la India, muy sugestiva: mientras los ingleses, de quien soy fiel aliado, dice, me aconsejan fríamente que haga ferrocarriles y tienda alambres telegráficos, los rusos están en mi frontera y mi otra frontera es la India. Los rusos continúan negando que tengan la intención de querer compartir con los ingleses el dominio de la India, pero los hechos son exactamente los que se verificarían si pensando en ello, se preparasen para ejecutarlo. Solo un recelo los contiene: á la entrada de los rusos en Kandahar, respondería una guerra marítima en que Inglaterra, el Japón y acaso los Estados Unidos juntos tratarían de arrojar á los rusos del Golfo de Petchili y de la Corea. Todo esto es muy complicado y muy difícil.

Además, por qué ha de desear Rusia que acabe la guerra en el Africa Austral; sus simpatías por los bóers son muy vivas, cierto; pero mientras hagan más ruda y más larga la tarea inglesa mejor; dan más tiempo á los enemigos de los intereses británicos para concertarse y escoger su coyuntura.

Así es que nosotros no creemos que el Tzar haya ido al Krenlim á hacer una declaración de guerra; creemos que ha ido á rezar; á rezar y á presenciar luego los efectos de sus órdenes de movilización del inmenso ejército aglomerado entre el Pruth y el Cáucaso; si quisiera caer sobre Armenia y dar un golpe seco á Turquía, haría lo que está haciendo; si quisiera desfilarse hacia el Asia Central y amenazar á la India, por el Afghanistan haría lo que está haciendo. Puede que todo se concrete á una gran revista y luego tome el camino de París; allí en el banquete de la ciudad, en el Hotel de Ville comunalista, allí es donde el representante de la autocracia más enormemente acatada que hay en la tierra, pronunciará las palabras de sensación que él solo puede decir.

2.—El gran fenómeno internacional del siglo XX no va á ser una federación entre las naciones, eso será en el siglo XXV, sino un sindicato entre las naciones fuertes para explotar á las que no lo son. Este "trust" lo van á iniciar los Estados Unidos; va á ser el imperio sindicado universal.

Lo que pasa en Turquía y en otras partes que no son Turquía, lo prueba á las claras: un movimiento de cuotas de importación en las tarifas hace poner el grito en el cielo á las potencias y todas se juntan y van y vienen las protestas á Ildiz-Kiosk y por fin, el Sultán se rinde y promete cualquier cosa y se pone á pensar de que medio se valdrá para no cumplir sus promesas; suele salirse con la suya, como se ha visto en los asuntos de Armenia en que á vuelta de mil protestas de energía y de protección á los cristianos, los ha dejado (y probablemente mandado) matar á millares en las narices estupefactas del concierto europeo.

Y es que el tal concierto es como uno que tocaron en honor del Presidente en Oaxaca, cuando se inauguró el ferrocarril; todas las músicas, es decir todas las "bandas," es decir, todas las murgas del Estado se dieron cita en la estación final con objeto de obsequiar á su ilustre paisano con una gran serenata, y todas tomaron parte en "la ejecución" y como cada una tocaba lo que quería resultó efectivamente una ejecución; yo tuve la sensación de que mi cabeza rodaba por las gradas del cadalso; Mr. Cambell apostaba diez pesos (no más) á que no se volvería loco y solo el Presidente que tiene el don de colocarse instantáneamente á la altura de cualquier situación, estaba, no impasible, sino risueño.

Pues esta misma impresión nos hace al Sultán y á mí (dos colegas como Uds. ven) el concierto europeo. Pero hay en estas audiciones ciertos solistas inquietantes. Los Estados Unidos que

poco á poco han ido tomando parte cada vez más formal en estas serenatas, piden duro y bien; son barítonos de primera fuerza; Rusia es el "basso" absoluto: "¿se dignará Vd. concederme el privilegio de hacer todos los ferrocarriles que faltan en el Asia Menor? Si no, yo ocupo militarmente y..." ¡Oh! sí, contesta el sublime portero á esta romanza, con labios lívidos y risueños, si Turquía no hace esos ferrocarriles los hará Rusia". Yo sé quien los hará—Moraleja: es preciso ser fuertes.

3.—Me encantan estos indios, hindúes quiero decir, adoradores de Vichnú ó discípulos del budah Sakija-Muni: ved las correspondencias de allá, es indeciblemente espantoso lo que pasa: la peste y el hambre se han vuelto un estado normal y este mes de Mayo que va á empezar es precisamente el más cruel de todos hasta que llegan las primeras cosechas de Estío. Habéis visto las estampas que desde hace años reproducen en unos cuantos tipos, el aspecto físico de más de cuatro millones de individuos; naturalmente son "autófagos," se han devorado á sí mismos; parece que ahora viven de chuparse sus propios huesos. Los ingleses han ideado proporcionarles trabajo en las canteras del Estado y aquellos esqueletos solicitan, por centenares de miles, el modo de estar rompiendo piedras bajo un sol calcinador todo el día, con tal de recibir unos centavos que apenas les alcanza para comer miserablemente en la noche. Pregunto yo si á esa vida no es preferible doscientas cincuenta veces la muerte.

Y podrán preguntarme mis lectores ¿y esto es lo que les encanta de los hindúes? No, es la fuerza del sentimiento religioso; vais á ver. Como en las praderas en donde hace años no cae una gota de agua ni nace una brizna de yerba, no hay modo de alimentar los ganados, resultan estos más flacos que los hombres, sus dueños los venden á cualquier precio, un buey por una rupia. Los ingleses los compran, los matan por millares día á día con objeto de aprovechar sus pieles que exportan; pues esta matanza de animales causa tanta repugnancia á los infelices "hindúes" que ven en el buey un compañero benéfico del hombre, que exponiéndose á morir de hambre en pocas horas, se declararon en huelga muchos millares de trabajadores de las regiones famélicas, hasta lograr que se prescindiese ó se modificase esta incesante carnicería.

Otro ejemplo: los médicos ingleses han tenido especial empeño en vacunar contra la peste con una substancia cultivada en caldo de carne de cordero; los indígenas se han resistido furiosamente al tratamiento; ha sido necesario hacerles creer que el organismo preservador se cultivaba en grano de peptona para obtener que se dejasen inyectar aquellos infelices y, por cierto, sin éxito alguno.

4.—No hay poeta que triunfe más y que más asendereado y molido haya salido de manos de los críticos que Gabriel D' Annunzio. Ahora anuncia una gran revista francesa la publicación de "el Fuego," su última novela; "il Fuoco," es, según parece, un retazo de la vida de novelista, sus amores ó amoríos con una trágica celebre, mayor que él y que aún vive muriéndose de tisis. Algunos han creído saber que se trata de Leonora Duse... ¡Oh!

Mas con este motivo D. Gabriel ha tenido una prensa un poco tumultuosa; en primer lugar dicen que es un mosaista que con todas las obras de todas las literaturas, las selectas, se entiende, que están á la moda, por supuesto, compone su mosaico. No es cierto esto; D' Annunzio es un poeta, es una abeja, que saca miel de todas las flores del pensamiento moderno y con eso hace su miel: las anthologías son sus pensiles; de ellas vuelve á su colmenar y susurrando algo maravillosamente expresivo, elabora sus novelas y sus dramas.

Hace bien; ¿puede hacerse de otra manera? ¿Puede un autor sustraerse á la infinita sugestión del ambiente intelectual y artístico en que vive? Es una exigencia de la crítica de cuya inconveniencia no se da á sí misma cuenta, esto de querer que el novelista ó el poeta sean palmeras solas en el desierto; ni las palmeras pueden ser fecundas, si

una ráfaga de viento no les trae el germen de otra palmera, aunque entre ambas se tienda la mar.

El otro gran reproche consiste en que en todas sus obras prodiga su personalidad; por poco le censuran que escriba con su alma; es decir, con su sentimiento ó su pensamiento. Un poeta se cuenta perpetuamente, dice lo que es, muestra su vida al través de las obras que produce; sus obras lo pintan, ó directamente ó por antítesis. Cuando se narra á sí mismo dice lo que es; cuando huye del yo como Flaubert, dice lo que no es, y es otro modo de contarse. Un poeta es forzosamente un lírico, aun cuando sea el más objetivo de todos, aun cuando sea Goethe; y este, por contraste, nos ha mostrado el fondo olímpicamente egoísta de su alma.

Sé que todo tiene límites y que el yo es odioso cuando todo lo llena y no comparte entre el mundo y él la obra de arte. Mas por qué achacar á D' Annunzio á quien llama un crítico espiritual y cruel, "el Arlequín de las letras" que escribe novelas que no son ó casi no son narraciones sino

sensaciones, impresiones, descripciones, pinturas y disertaciones; es cierto esto; y resultan por ende novelas de poeta, es decir, poemas. ¿Y qué? ¿Y por qué no? Y si al través de esas manifestaciones de la senibilidad exquisita de un artista cuenta un alma su odisea voluptuosa y dolorosa por la vida ¿por qué ese conjunto no ha de ser una novela? ¿O solo hay una clase de novelas, las que os gustan? Pues á mí me gustan todas: me gustan Ana Karenne y El caballero de Casa roja, me gustan Salambó y Eugenie Graudet, me gustan los Trabajadores de la mar y Fromont jeune, me gustan la familia de León Roch y María, me gusta Daniel Derronda é "il Piacere," Nazarain y Germinal....

La inquina del crítico no llega á negar sus maravillosas facultades artísticas al novelista. Es poeta, dice, tanto ó más que otro alguno, artista más que poeta. Y no es dudoso que es un pintor, ni que lo sea admirablemente; pero sobre todo, es magníficamente orador. Y siempre y fácilmente sublime." Y á fuerza de emplear su mal humor en el

artista, su mal humor crece y lo emplea en fustigar á las damas "de la alta sociedad" francesa, con motivo de D. Gabriel. "Son las mujeres, exclama, las que nos impusieron á este transalpino verboso De donde colijo, que si antaño las mujeres ricas y bien nacidas, tenían el privilegio de consagrar la gloria de los escritores, también les deben estos su perdición. Empezando porque la sociedad aristocrática, tan aficionada al cosmopolitismo por sus matrimonios, el empleo de sus capitales é imposiciones y por sus "afectaciones" es cosmopolita sin discernimiento. En su presuntuosa ignorancia iguala al que siembra ideas y al que difunde palabras, confunde un d' Annunzio con un Ibsen y glorificando neciamente al italiano, que no tiene ni idea original, ni sentimiento nuevo, ni imaginación creadora nos empuja á soportar la detestable influencia de una fecundia desbordante y del más hueco de los charlatanismos literarios.

Justo Sierra.



Nunca hubiera soñado fortuna tan colosal! Hijo de un portero de provincia Juan Marín, había venido, como tantos otros á cursar Derecho, al barrio latino en las diferentes cervecerías que frecuentaba, se había hecho amigo de no pocos estudiantes parlanchines que murmuraban de la política bebiendo sendos bocks. Sintióse lleno de admiración para con ellos, les seguía obstinadamente de café en café, llegando á pagar lo que consumían cuando tenía dinero.

Después recibióse de abogado y empezó á litigar causas que siempre perdía. Pero he aquí que una mañana supo por la prensa que uno de sus antiguos compañeros de barrio acababa de ser electo diputado.

Volvióse de nuevo su perro fiel, el amigo que hace de mandadero, que forma la atmósfera, que se manda llamar cuando se le necesita, y con el que nunca se intimaba. Pero sucedió por uno de esos azares parlamentarios, que el diputado se tornó en ministro; y seis meses después Juan Marín, fué hecho consejero de Estado.

Tuvo entonces una de esas crisis de vanidad, que hacen perder la cabeza. Recorría las calles únicamente por el deseo de exhibirse, como si su posición pudiera adivinarse tan solo con vérselo. Encontraba la manera de decir á los comerciantes de las casas donde entraba, á los vendedores de periódicos y hasta los cocheros de sitio, propósito de lo más trivial:

—Yo, que soy consejero de Estado....

Después sintió naturalmente, por necesidad profesional, por dignidad, por deber de hombre de valer y generoso; la imperiosa necesidad de proteger. Ofreció su apoyo á todo el mundo en cualquier ocasión, con una generosidad sin límites.

Siempre que encontraba en el "boulevard" un rostro conocido adelantábase con un aire alhagador, le tomaba las manos, informábase de su salud y después sin atender preguntas le decía:

Sabréis ya que soy consejero de Estado y estoy absolutamente á vuestra disposición. Si puedo seros útil en algo disponed de mí sin reservas. En un puesto como el mío siempre se tiene larga la mano.

Y entonces entraba en los cafés con el amigo encontrado, para pedir tinta, pluma y una hoja de papel—"una sola, eh muchacho? que es para escribir una carta de recomendación."

Escribía á diario diez, veinte, cincuenta cartas; en el café Americano, en Bignon, en Tortori, en la Maison Dorée, en el café Inglés, en el Napolitano; en fin en todas partes. Escribía á todos los funcionarios de la República, desde los jueces de paz, hasta los ministros, y era dichoso, completamente feliz.

Una mañana, cuando salía de su casa, para ir al consejo de Estado, la lluvia empezó á caer. Quiso tomar un coche; pero no encontrándole, resolvió irse á pie por las calles.

El chaparrón era terrible, ahogaba el arroyo é inundaba las banquetas. M. Marín, vióse precisado á refugiarse en un zaguán. Un sacerdote anciano estaba ahí, un viejo sacerdote de blancos cabellos. Antes de ser consejero M. Marín, no veía con buenos ojos á los clérigos; pero ahora tratábase con consideración, desde que un cardenal, galantemente le había consultado acerca de un difícil negocio. La lluvia que caía á torrentes obligó á los dos hombres á refugiarse aún más adentro; y M. Marín que sentía siempre el cosquilleo de hablar por hacerse valer dijo:

—He aquí un detestable tiempo, señor abad.

El sacerdote se inclinó:

—En efecto, es muy desagradable cuando no se viene á París sino por unas cuantos días.

—Ah, ¿sois de la provincia?

—Sí, señor, no estoy aquí sino de paso.

—Efectivamente es muy desagradable tener tal tiempo durante los pocos días que se pasan en la capital. Nosotros los funcionarios, que permanecemos aquí todo el año, apenas nos damos cuenta de ello.

El abad no respondió. Veía la calle donde el chaparrón caía con menos fuerza; y de improviso levantóse la sotana, como las mujeres sus vestidos cuando van á pasar un arroyo.

M. Marín al verlo partir exclamó:

—Señor cura, os vais á empapar; esperad unos instantes, que esto cesará.

El fraile indeciso se detuvo y después contestó.

Es que me urge mucho, tengo una cita imperiosa.

M. Marín estaba verdaderamente entristecido.

Pero vais positivamente á empaparos. ¿Y si no es indiscreción preguntar á que barrio vais?

—A un costado del Palacio Real.

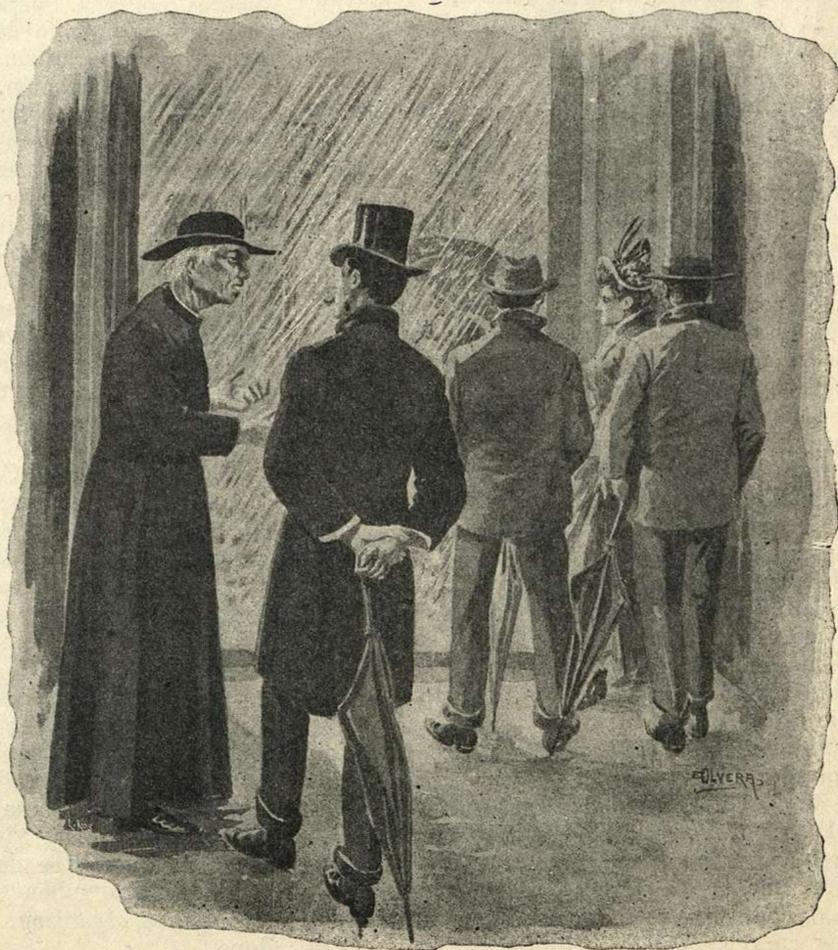
—En tal caso, si lo permitís señor cura, voy á ofreceros el abrigo de mi paraguas. Yo voy al Consejo de Estado. Soy consejero de Estado.

El sacerdote levantó la nariz y vió á su interlocutor, en seguida contestó:

—Os lo agradezco con toda mi alma, señor, y con mucho placer acepto.

M. Marín le tomó del brazo y lo arrastró cariñosamente, dirigiéndolo, acompañándolo y velando por él.

—Cuidado con ese arroyo, señor abad. Sobre todo, tened cuidado con las ruedas de los coches, que suelen salpicar de pies á cabeza; cuidado con los paraguas de las gentes que pasan; las mujeres, sobre todo, son insoportables, como no se fijan, cuando menos se acuerda incrustan en la cara las



varillas de sus paraguas. Parece que la ciudad les pertenece. Su imperio es absoluto en las banquetas y en el arroyo. Tengo para mí, que su educación se ha descuidado mucho. Y M. Marin soltóse riendo.

Su acompañante no contestó, iba un poco agobiado, escogiendo con mucha precaución los sitios donde ponía los pies, para no ensuciar ni el calzado ni la sotana.

M. Marin continuó:

—Es por ventura para distraeros un poco, por lo que venís á París.

—No, tengo un negocio.

—¡Ah! Sin duda importante. ¿No sería indiscreción preguntaros de qué se trata? Puedo seros útil, y en tal caso, estoy á vuestras órdenes.

El fraile parecía contrariado, y dijo:

—Es un negocio insignificante, un negocio personal. Una dificultad con... mi obispo. Es cosa insignificante, negocio de orden interno... de... de cuestión eclesiástica.

—Justamente; el consejo de Estado es el que conoce estas cosas; y en tal caso, valeos de mí.

—Efectivamente, al consejo de Estado es á donde voy; sois excesivamente benévolo. Voy á ver á M. Lerepère y tal vez á M. Petitpas.

Marin se quedó perplejo.

—Pero si esos son mis amigos, colegas excelentes. Voy á recomendaros con los dos; con mucho interés, contad conmigo. Y Marin estaba que no le cabía el gusto en el pellejo.

El cura agradecido, se deshacía en excusas, y daba las gracias de mil maneras.

—Podéis felicitaros de haber tenido tal hallazgo, señor abad; vais á ver, ya veréis que, gracias á mí, el negocio irá como en carriles.

Llegaron al consejo de Estado, M. Marin hizo subir al sacerdote hasta su despacho, le ofreció una silla, lo instaló junto á la chimenea, después sentóse junto á su escritorio y se puso á escribir:

“Querido colega: Permitid que recomiende, de la manera más amplia y vehemente un venerable eclesiástico de los más dignos y de los que más merecen: el Sr. Abad....”

Se interrumpió y dijo:

—Favor de decirme vuestro nombre?

—El abad Ceinture.

M. Marin continuó escribiendo.

“M. abad Ceinture, que necesita de vuestro apoyo para un negocio que él mismo os dirá.

“Me complace esta circunstancia, que permite, querido compañero....”

Y acabó por los cumplidos de ordenanza.

Toda vez que hubo terminado las tres cartas, las entregó al protegido, que se despidió después de una avalancha de protestas de gratitud.

M. Marin había llenado su misión, y regresando á la casa, pasó tranquilamente el día, durmió pacíficamente y se despertó encantado, é hizo que le llevaran la prensa.

Lo primero con que tropezó fué con una hoja radical: leyó:

“Nuestros clérigos y nuestros funcionarios.”

“No terminamos nunca de registrar fechorías clericales. Cierta sacerdote, apellidado Ceinture, convicto de haber conspirado contra el actual gobierno, acusado por cometer actos indignos que pasamos por alto, que se supone por otra parte, que no es sino un antiguo Jesuita transformado en padre únicamente; expulsado por un obispo por justos motivos y llamado á París para dar explicaciones de su comportamiento ha encontrado un ardiente defensor en el llamado Marin, consejero de Estado, que no ha vacilado en dar á ese malhechor de sotana, las cartas más amplias de recomendación para todos los funcionarios republicanos.

“Señalamos actitud tan inculcable de ese Consejero de Estado, para que fije su atención el Ministro....”

De un salto levantóse M. Marin vistiéndose en seguida y voló á casa de su compañero Petitpas, que le dijo:

Pero que estáis loco, remendarme ese viejo conspirador...

Y M. Marin acongojado, contestó:

—Pero no.... ved.... he sido engañado.... tenía un aire tan bonachón.... y me la ha jugado.... me la ha jugado indignamente. Os lo suplico, haced que se le condene con energía, con mucha energía. Decid, á quién es bueno escri-

bir para hacer que se le castigue. Voy á ver al procurador general y al arzobispo de París.... sí, al arzobispo.

Y sentándose en seguida en el escritorio de M. Petitpas, escribió:

“Monseñor: tengo el honor de poner en cono-



cimiento de Vuestra Señoría, que acabo de ser víctima de las intrigas y de los embustes de un tal abad Ceinture, que ha sorprendido mi buena fe.

“Engañado por las protestas de este eclesiástico, he podido....”

Después, cuando firmó y cerró la carta, volvióse hacia su colega, que le dijo:

Amigo mío, que esto sea una lección, no recomendéis nunca á nadie.

Guy de Maupasant.

APUNTES DE VIAJE

-DE-

NUESTRO REPRESENTANTE EN PARIS

~o~o~

Nantes.—El Castillo Viejo. Feudalismo é Industrialismo.— Dos épocas y dos civilizaciones.

Incrustado en el centro de la ciudad comercial é industrial como un diamante antiguo en una joya moderna; levantando por encima de las chimeneas de las fábricas y las techumbres de los almacenes sus macizos torreones y sus torres del atalaya, se alza el Castillo Viejo en medio de la Nantes moderna, busto del aebulo en el salón del nieto como símbolo de otra edad y de otra historia y como parangón inmediato y viviente entre una y otra civilización.

De un lado, la construcción ligera, económica, descarnada, sin arte que la decore, ni artificio que la embellezca; el armazón de fierro fundido á diez centavos kilo, la techumbre de palastro galvanizado á cinco centavos libra, la chimenea de lámina enrollada, el sobradizo de madera y teja destinadas á abrigar la mercancía en almacén, la fragua en actividad, el alambique en acción. Luego, el salón de cofecciones: encajes vaporosos, gasas etéreas, sombreros de paja ligera; casas de tabique capuchino, obradores de “tablán” y yeso, todo ligero, barato, provisional, cambiadizo y efímero como el nedrasismo moderno.

De otro lado en el Castillo Viejo, muros de cuatro metros de espesor; cimientos de diamante en los que se embota el empuje de la dinamita; poternas de roble de roble que la polilla jamás corroe; cerrojos y chapas que el óxido jamás destruye; torreones por cuyos muros resbala y desliza el tiempo sin desmejorarlos, ni desmoronarlos.

Aquí, lo estable, lo inmutable, lo permanente, casi lo eterno, como las ideas, la religión, las costumbres, las modas de la época. Alrededor lo insistente, el caleidoscopio de las necesidades, de las pasiones y de los gustos modernos, cuatro modas por año, veinte ideas al día, cien pasiones por hora; vidas que se viven en un minuto, dramas que se forjan y se desenlazan en un momento; gobiernos que suben y bajan al trote; revoluciones que se organizan, triunfan y fracasan al galope.

Los viejos señores feudales que construían mansiones como el Castillo Viejo, no creían en el mañana ó lo juzgaban idéntico al hoy. Construían sólido porque creían en lo definitivo, levantaban antes fortalezas que moradas porque vivían entre asechanzas, odios y envidias, circundados y amenazados sin cesar, por la guerra; los fosos, las almenas, las troneras, las poternas y puentes levadizos, revelan la necesidad de la defensa personal y permanente contra toda clase de enemigos y de rivales; la enormidad de sus construcciones revela una pasión, el orgullo y un hecho económico, la servidumbre de los pueblos y el ningún valor del trabajo humano; la desnudez en los muros, el escaso mobiliario en las habitaciones, la falta completa de confort denuncian la sencillez y la rudeza de las costumbres. Hoy tenemos “boudoir” salón, biblioteca; ellos tenían sala de guardias, plaza de armas, torre del atalaya. Vestimos de casimir y ellos vestían de hierro; llevamos “fouet” y ellos maza de combate; dormimos con un falderrillo á los pies y ellos con su caballo á la cabecera.

Por eso en el Castillo Viejo no se ven más que murallas interminables y ennegrecidas; troneras oscuras; fosas profundas y apenas como si la nota artística fuera inherente á todos los pueblos, á todas épocas y á todas civilizaciones, rompe la monótona desnudez del muro un ventanal maravilloso de armonía, de gusto y de elegancia ó interrumpe el horizonte del inmenso patio el calado finísimo y elegante del barandal de la cisterna.

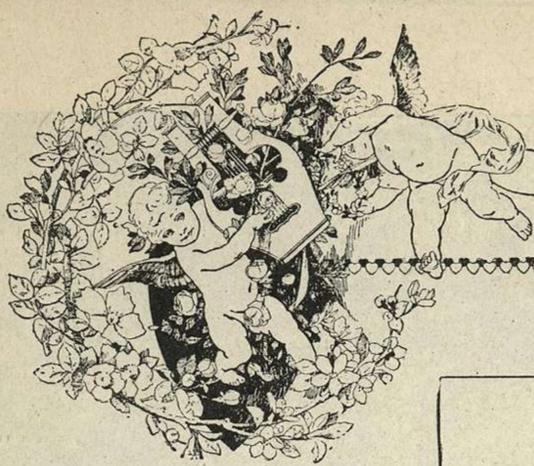
Fuera de eso, todo es austeridad, lobreguez, silencio y frío. En vez de cuartos, cavernas; en vez de salones, sótanos; inmensas chimeneas en las que trancas enteras ardiendo no logran dulcificar el rigor de la temperatura; calabozos para los prisioneros; caballerizas para los hombres de armas; los siempre quejosos mineros de Monceau están mejor alojados, alumbrados, calentados y ventilados en sus “labores” que los barones feudales en sus fortalezas.

Pierrefands, Cheuanceau, y con mayor razón Versailles y Fontainebleau, no son castillos sino palacios; suelen remedar la arquitectura de las viejas mansiones; pero por simple coquetería, con estuco y con yeso; son las moradas suntuosas de una aristocracia afeminada por la centralización monárquica; cortesana, frívola, escéptica, inútil y hasta perniciosa; aristocracia que más tarde por “cranerie” se hará guillotinar sonriendo; pero que no sabrá ni podrá defender á su rey, ni el régimen de donde proviene y del que ha vivido, ni su vida misma; aristocracia que huye á Cobleuz en vez de combatir en París y á cuya molicie y á cuyos vicios se deben las conquistas y los horrores de 89 y de 93.

El Castillo Viejo tiene eso de particular y de notable, que es la morada típica del barón feudal y baluarte de sus fuerzas y privilegios; es tan vasta que un regimiento acuartelado allí se pierde en ella y es tan sólida que un día hicieron explosión diez mil libras de pólvora encerradas en un torreón; el torreón fungió de cañón en aquel colosal disparo, al rededor se derumbaron edificios, se hundieron manzanas enteras de casas y la torre disparó sus techos, como una bomba, sobre Nantes aterrada, quedando erguida y en pie. Nada salvóse la capilla sufrió desperfectos y el resto de la construcción no conserva huella ninguna del suceso.

Bien dijo Victor Hugo; “esto,” el libro, “matará á aquello,” el edificio. Nuestros antepasados escribían con roca y con hierro sus anales; nosotros los escribimos con tinta. En las pirámides dejaron los egipcios su imagen; en sus acueductos los Romanos; en sus palacios en pie, los mayas; en su Partenón, Atenas.

Nosotros dejaremos la nuestra en películas fotográficas, en folletines, en novelas que la polilla devorará y no obstante que la obra contemporánea es de un material más deleznable y perecedero, subsistirá y sobrevivirá á todas si es una obra de ciencia, de industria, de libertad y de justicia.

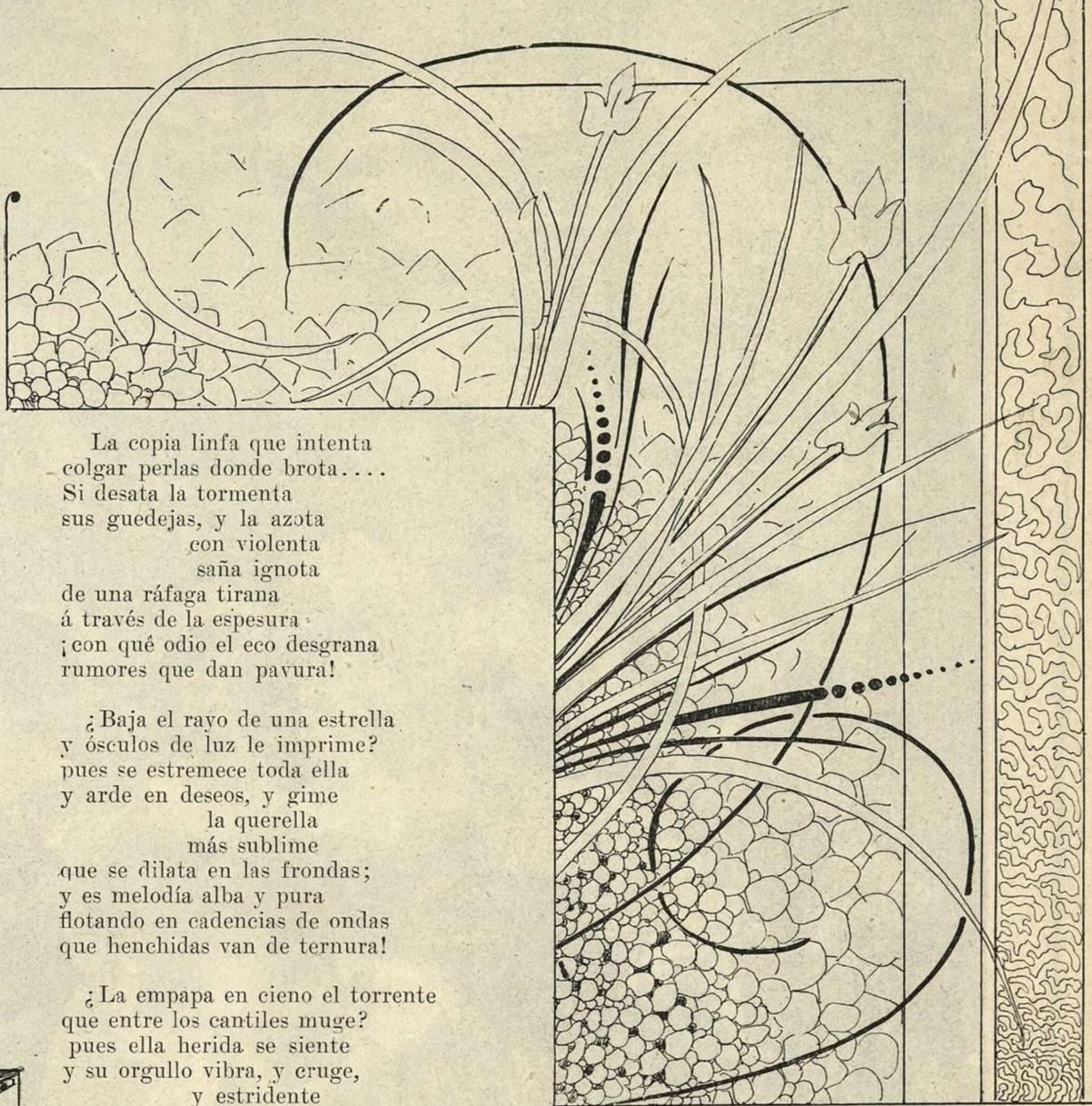


Lira ruda.

Yo sé de una tosca lira
de olvido y de polvo llena
que, cuando la noche mira,
lánguida cae en la pena
y suspira,
y resuena
con ayes tan doloridos
que también sienten desmayos
los pájaros en los nidos
y las flores en los tallos.

Al pie está de vieja encina
siglos hace abandonada....
Cuando la selva ilumina
castamente la alborada
¡cómo trina!
en alada
procesión suben sus risas
á arder, á las luces rojas;
y entonces cantan las brisas!
y entonces danzan las hojas!

En muelle cojín de grama
negligente se recuesta...
Si el céfiro, que embalsama
el vaho de la floresta,
de la rama
que está enhiesta
leve y tierno se desprende
y las cuerdas acaricia,
¡con qué unción el eco extiende
trovas que causan delicia!



La copia linfa que intenta
colgar perlas donde brota....
Si desata la tormenta
sus gueudejas, y la azota
con violenta
saña ignota
de una ráfaga tirana
á través de la espesura
¡con qué odio el eco desgrana
rumores que dan pavura!

¿Baja el rayo de una estrella
y ósculos de luz le imprime?
pues se estremece toda ella
y arde en deseos, y gime
la querella
más sublime
que se dilata en las frondas;
y es melodía alba y pura
flotando en cadencias de ondas
que henchidas van de ternura!

¿La empapa en cieno el torrente
que entre los cantiles muge?
pues ella herida se siente
y su orgullo vibra, y eruge,
y estridente
grito ruge
con el que flagela troncos;
y es apóstrofe que trema
en torbellinos de roncós
vagidos de ira suprema!

Esos tremendos dolores
que mi espíritu destrozan
siniestros torturadores
que se ocultan, que reposan—
¡oh, traidores
que se embozan!
esas trágicas angustias;
esas misteriosas penas
de frentes mates y mustias
que llevan al pie cadenas.

Esa cólera que agita
mi corazón tantas veces,
que cualquier infamia incita
del mal en las livideces;
que palpita,
toma creces,

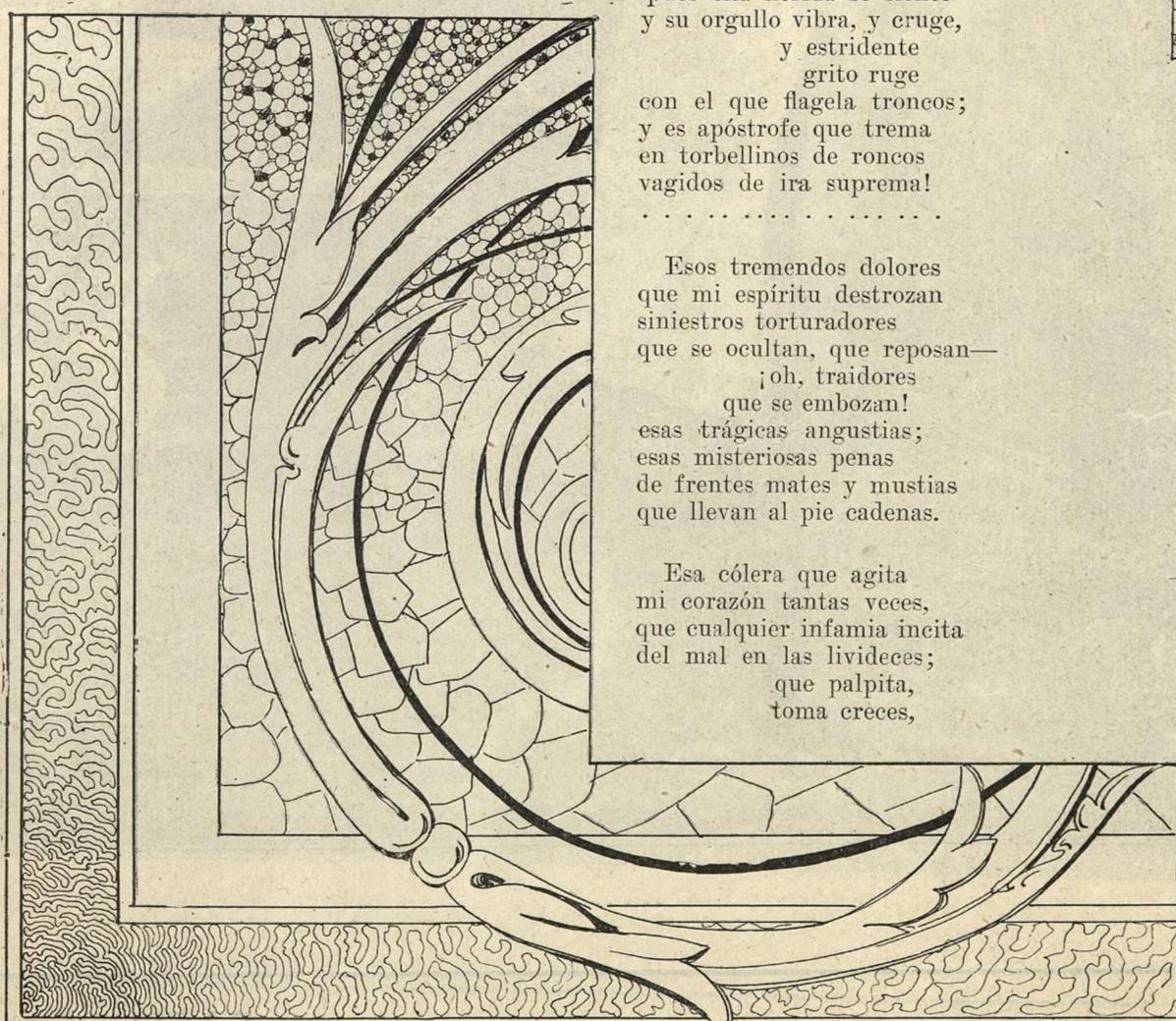
arde sorda, y se reprime;
esa compasión que implora
por cuánto infortunio gime!
por cuánta desgracia llora!

El amor que intenta el vuelo,
al sentir una mirada,
de unos ojos hacia el cielo;
el gozo, de tez rosada;
el cruel celo;
la enlutada
tristeza, en el pecho herida;
el rencor de hosco entrecejo;
¡ya no cruzarán mi vida
del silencio en el cortejo!

Ahí, en la selva desierta
y en la lira, ya sin lodo,
haré que con mano cierta
pulsando de vario modo,
rime, vierta
todo, todo
cuanto sentimiento asoma
y pára en mi alma é impera
sus ternezas de paloma!
ó sus furores de fiera!

Roberto M. Argielles.

México, Febrero de 1900.





BAILE CAMPESTRE.

QUADRO DE J. ANDREOTTI.

Las tres cosas del tío Juan.

Cuento que obtuvo el primer premio en el concurso abierto por "El Liberal" de Madrid.

Todo el pueblo sabía que Apolinar se estaba derretiendo vivo por Lucía, y que, aunque ésta no se derretía por nadie, no ponía mala cara á las solicitudes del mozo. Matrimonio igual: ella, joven, guapa, robusta, y de añadidura, rica; él, en los linderos de los veinticinco, no pobre, medio señoritín, por lo que iba para alcalde, y entre ambos hijos únicos. No faltaba al naciente afecto más que el sacramento de la confirmación, y para eso no había otro obispo sino tío Juan, el "Plantaos," padre y señor natural de la dama requerida.



El ilustre linaje de los "Plantaos," distinguióse desde muy antiguo tiempo, por una terquedad nativa, de que estaba justamente orgulloso, y de haber querido proveerse de heráldica, su escudo no fuera otro que un clavo clavado por el revés en una pared de gules. Apolinar sentíase cohibido por esta testarudez hereditaria, y recelaba que el tío Juan saliese con una gaita de las suyas, porque era hombre que no se apartaba de sus sies ó sus nóes, así lo hicieran pedazos.

No hubo más remedio que pasar el Rubicón... y tirarse de cabeza en aquellas honduras insondables de la voluntad paterna. El tío Juan había dicho una vez: "¿qué trae ese por aquí?" Y para los que le conocían el genio, era bastante.

—Ahora que está tu padre en la bodega, voy y se lo espeto, y Dios quiera que pueda salir con cara alegre.... Pero antes dime, para que lleve fuerza, que me quieres como yo te quiero, con los redaños del alma.

—Apolinar, que me aburres con tus quereres y tonteos. Si quieres decírselo, anda: y lo que saques á mi padre del buche eso será, porque yo también soy "plantá."

Renegando de aquellos bravíos rigores de la casta, encaminóse Apolinar á la bodega, pasando primero bajo la llorosa parra que tendía sus sarmientos, como cuerdas secas, y después por el angosto corral atestado de aperos de labranza y cachivaches de vendimia. En la puerta de la bodega enredósele un manojo de telarañas en el "bombín," y tragando saliva entró en la obscura pieza.

—Tío Juan; eh, tío Juan....!

—¡Aquí! ¿Eres tú? Con este jinojo de tinglao no se ve gota.

Estaba el hombre muy metido en faena, en mangas de camisa, despechugado, con una pelambre de pecho que parecía una maceta de albahaca. Era más que medianamente apersonado, canoso y fuerte; sudando como estaba, parecía un oso polar.

—¿No se figura usted á lo que vengo?

—A tomar un jarrillo.

—No, señor; á tomar un parecer.

—Pues no es lo mismo. Pero anda, suéltala; que no hay hombre sin hombre.

—Con esa licencia... no sé cómo le diga que Lucía, me tira un poco, un pocazo, si se han de decir las cosas conforme son. Y como me parece á mí que yo también le tiro una migaja, venía, porque es razón, á decirle qué le parece á usted de este tiraero que va con buen fin y por derecho camino.

Dióse tío Juan cuatro rasconazos en el testuz, y, volviendo las espaldas, fué á buscar el jarrillo y la venencia, y con ambas cosas en las manos, como quien echa el "Dominus voviscum," se abrió de brazos, diciendo:

—Todo el toque del hombre está entre un sí y un nó. Así es que, antes de soltar uno ó otro, hay que rumiar bien las cosas. Tomaremos un par de alumbreadores y que Dios sea con todos.

Y después de beber por riguroso turno, quedóse tío Juan rumiando aquel escopetazo, como un hermoso y prudente buey, que no pone la pata sino en terreno firme.

—Pues, atento á eso, digo que me parece á mí que la mujer se hizo para el hombre y el hombre para la mujer... y que por eso tiran el uno del otro. Pero como ni el hombre ni la mujer son siempre libres, otros han de agarrarse á la manquera para que el surco salga bien hecho, y la simiente no se desperdicie. Yo, que por lo de ahora soy el gañán en este negocio, te digo que quien quiera ayuntarse con mi cordera, ha de hacer tres cosas, sin que ninguna le perdone; no haciéndolas, ya se puede ir con viento fresco y levantar la parva.

—Aunque sean trescientas, haré yo, con tal de meterme debajo del yugo. Eche usted, tío Juan, por esa boca, que ya se me hace tarde, y aunque me mande cargar con la bodega, todavía me había de parecer mandato ligero, según lo encalambrinado y emperrado que estoy con el aquel del tiraero que ya le he dicho.

—No soy tan bárbaro para mandar lo que está fuera de las fuerzas del hombre, por animal que sea. Las tres cosas que pido son éstas: que me traigan todos los días la primera gallinaza que suelte el gallo al romper el alba, para hacer un remedio de este dolor de hijares que me quita el resuello de cuando en cuando; que al que tenga ese querer, véalo yo una vez si quiera trinchar un bocado de hierba sin doblar los corvejones, ni acularse, ni tenderse; que el tal me dé candela en la palma de la mano el día de mi santo por la mañana, y esto ha de ser con sosiego, sin hacer bailes, ni meneos, ni soplar ni sacudir.

—¿Nada más?

—En eso me he plantaos y ha de ser á lo justo; que ni sobre ni falte.

—Tío Juan, vaya usted preparando el yugo más fuerte que haya en casa, porque yo me lo echo encima si Dios no dispone otra cosa.

Y Apolinar salió de allí con la cara ardiente, bailándole los ojos con una ráfaga de alegría loca

y dando al viento como romántica pluma aquel girón de telaraña que se pegó en el sombrero.

—¡Troncho, qué suerte! Lucía, me ha dicho tu padre que te vayas preparando, que tenemos que abrir un surco.

—Que tonto eres. ¿De qué surco hablas? Me parece que viene su merced algo repuntado y que el jarro habló algo más que las personas.

—Te hablo del surco que han de hacer en el mundo todas las yuntas humanas. Verás qué labor más dulce.

—¡Pero qué borrico te has vuelto!

"La del alba sería" cuando Apolinar acudió solícitamente á su corral, sin quitar ojo del gallo hasta que dió de sí el extraño remedio del mal de hijares, que en caliente recogió, bien así como se llevase dentro una preciosa esmeralda. Cumplida por aquel día la primera condición, y no sabiendo qué hacer á tales horas, tan desacostumbradas para su vigilia, fué con los cavadores á su manjuelo "á matar el tiempo" hasta que el estómago le avisase. Al llegar á la viña, dijo á los jornaleros:

—Vamos á ver, muchachos; un cuartillo de vino hay para quien, sin doblar los corvejones, ni mientos.

acercarse, ni tenderse, trinque un bocado de sar—
—¿Pero eso qué tiene que hacer? ¡Valiente hombría!

Y cuatro ó cinco, los más jóvenes, salieron del grupo y doblándose y enderezándose, sacó cada cual un sarmiento del modo y manera que los palomos cogen pajitas para hacer el nido.

—A ver yo...

¡Que si quieres! Cuantas veces quiso probar, dió de cabeza en el montón. Una risa franca y noblota alegró el majuelo, y hasta el sol color de cereza que subía por la cuesta azul parecía una gran cara hinchada de risa.

—Para hacer eso hay que criar mucha fuerza de espinazo y que las patas no se blandeen. Es me-



nester cavar viñas y darle al cuerpo buenos remojones de sudor.

—¿Sí? Venga un azadón. Este no pesa, otro...

Y como general que arenga á sus tropas, dijo, blandiendo el instrumento.

—Hoy seré uno de tantos. Hay que apretar... y no os compadescáis de mí, si véis que reviento, porque necesito echar un espinazo que sea á la vez tronco de olivo y vara de mimbre.

Aquella fué una jornada heroica. Los cavadores, viendo cuán gallardamente trabajaba Apolinar, mermaron cigarros, ahorraron coloquios, apresuraron meriendas y sacaron el unto á sus brazos. Al ponerse el sol, no se presentaba aquella cara burlesca, henchida de risa, con que apareció entre las brumas de la mañana, sino otra muy grave, casi austera, que parecía complacida con la ofrenda del sudor humano que riega el terrón y fecundiza el mundo.

Al dar la mano, dijo el jefe de la cuadrilla:

—¿No has visto la sementera?

—No.

Y Apolinar sintió una vergüenza muy honda por aquella confesión hecha en pleno campo.

—Pues vamos, hombre: hay día para todo. Tengo una disputa con tu primo Epifanio: él, que lo suyo es mejor: yo, que lo tuyo. Como sementera temprana, la cebada nos llega á la rodilla, el trigo parece un forrajal.

Y fueron al sembrado, que con su verdor alegraba el alma, y en ella sintió Apolinar una voz gozosa que parecía brincar en otra mancha verde y lozana, gritándole: ¡Todo es tuyo: regocíjate ó no eres hombre!

Y se regocijó honradamente, paternalmente, como si toda aquella vigorosa fuerza germinativa hubiese salido de sus propias entrañas.

—¡Yo, que no había visto esto! ¡Maldito sea el Casino y las cartas quien las inventó! ¡Malditos los tabernáculos que nos chupan el tiempo y no nos dejan ver esta gloria, esta bendición de Dios derramada por los campos!

Los sembrados del primo Epifanio no resistían la comparación. La tierra era la misma; pero rutinas, codicias, caprichos, ignorancia y necesidad la habían esquilado y empobrecido. El viejo jornalero explicaba el caso.

—Dale á un trabajador carne y vino á otro, papas y tomates. Eso es la tierra de un trabajador. Según le echas así produce.

Apolinar sintió que otro amor sano y fuerte se le entraba en el alma: el amor á la tierra, el amor á lo suyo, el gozo íntimo y callado del que posee, del que se conforta al calor del surco, como semilla que germina, brota, crece y se reproduce.

—¿En qué estaría yo pensando? Tío Agapito, usted me hace un hombre. Voy á echarme al campo como una fiera.

—¡Al campo, al campo! Esa es la ubre... ¡Si vieras cuánto gandul mantiene el campo!

—Yo soy el primero. Mejor dicho, lo fuí. Ya soy otro. Me duelen los pies... zapatos de vaca... Me duele la cabeza... tiraré este apestoso "bombín" y compraré un sombrero de esos fuertes como si los hicieran de cerdas de cochino. No más vestidos de Carnaval. Tío Agapito, un abrazo, y pídale usted á Dios que allá por la primavera pueda yo comer la hierba sin doblar los corvejones.



No durmió bien, porque el excesivo cansancio riñe con el sueño. En las manos parecían arder sus huesos desencajados; el espinazo se le engarrotaba... y en medio de sus dolores, otro sentimiento nuevo lo iba conquistando mansamente; un sentimiento de infinita piedad hacia el jornalero desheredado, que todos los días, á cambio de unos cuartos roñosos, aumentaba el caudal ajeno con bárbaro derroche de su propia vida. Y como á la madrugada oyese cantar al gallo, pregonero de su deber y compromiso, volvió á ver la claridad del naciente día, y otra vez cogieron sus doloridas manos el azadón lustroso, y el sudor del amo cayó como lluvia fecunda en la heredad, que parecía estremecerse de amor y agradecimiento.

Y un día tras de otro se fué curtiendo al sol y al aire, y mientras más se endurecía la corteza, más nobles blanduras aparecían por dentro.—Como la viña de Apolinar no hay ninguna. La sementera de Apolinar es la capitana. ¡Qué suerte de hombre!—Este era el tema de conversación entre la gente labradora. Los jornaleros se disputaban la casa, porque había formalidad y trago de



vino, y allí no se hacía el agio vergonzoso para la baja de jornales. Con Apolinar trabajaban los sanos, los hombres de empuje, estimulados con su ejemplo.

Pasó el invierno y el sol de primavera, vistió el campo de gala. Los habares en flor henchían el aire de aromas purísimos; los trigos azuleaban, los cebadales se mecían orgullosamente á compás del viento; las yemas del higueral, reventando al esfuerzo de las primeras hojas, tendían al sol una espléndida gasa de oro verde... y los viñedos extendían sobre la rojiza tierra otra gasa de pámpanos, y ya el olor temprano del cierno se esparcía como una caricia dulce y vivificante.

Llegó el día de la prueba; el día tímido y deseado en que Apolinar tenía puestos todos los grandes anhelos de su vida. Antes que el cantido de los gallos sonaron las campanas de la torre con un coro nupcial que celebrase las bodas del cielo y de la tierra.

No pudo Lucía convencer á su padre de que, al menos aquel día debiera pasarlo con la chaqueta puesta.—Me ajogarí.—Y por parecerle esta razón de suficiente peso, no daba otra. Con orgullo hereditario cubría su busto de oso polar con limpiísima camisa de lienzo, por entre la cual se desbordaba la crespita pelambre como maceta frondosísima. Cuando entró Apolinar, ya estaba allí el primo Climaco, la hermosa Bella con su dilatada prole, los trabajadores de la casa y varios vecinos, atraídos por aquellos olores de cocina y fritanga, fieros despertadores de la gula.

—Apolinar, tantas gracias, y lo mesmo digo.

—Vaya, aquí tiene usted la gallinaza de hoy, que parece un bruño.

Y sin pedir permiso, fuese á la cuadra y trajo un brazado de amapolas que tiró por el suelo.

—Tío Juan, eche usted cuenta.

Y más ágil que un pájaro, doblóse y pescó un manojito de hierba en flor que le caía sobre el pecho como una llama.

—Si usted quiere, me la como.

—No tienes que comerla. El toque está en trincarla.

—Lucía, coje la ascua más grande que está en la hornilla: hala, ya está, Tío Juan, encienda usted su cigarro, y si quiere liar otro, por mí no hay apuro: que ni me mencho, ni bailo, ni soplo, ni sacudo... ¡Como que tengo aquí un callo que parece una onza de oro!

—Ya está, ahora... Justo, las tres cosas. Ahora, tú, Lucía, abraza á este bruto.

El bruto no esperó á Lucía; él la abrazó con toda su fuerza.

—Tío Juan, ¿de veras que es para mí?

—Para tí, cernicalo. Y dale gracias al gallo que te curó; porque ni yo tengo dolor de hijares ni cosa que se le parezca.

—¿Entonces?

—No seas horrico—dijo Lucía.—Padre quería que madrugases; si no madrugas no me abrazas.

Apolinar soltó un relincho estrepitoso; un relincho de salud, de amor, de fortaleza y de ventura.

—¿Sabes lo que soñé esta noche?—dijo el tío Juan.—Pues que yo era el Padre Eterno y esta mi cordera era la España, y yo se la daba á una gente nueva, recién venía no sé de aónde, con la barriga llena, los ojos lucientes, con callos en las manos y el azadón al hombro...

Un alarido triunfal hendió como dardo sonoro el aire azul de aquella serena mañana del estío. El sol, deslumbrante, caía en lluvia de oro sobre los aperos de labranza: dos mariposas de color de fuego volaban bajo el fresco toldo de pámpanos, y el alegre repique de las campanas parecía responder, allá en lo alto, al abrazo de la raza nueva, de la raza fuerte, que abría su fecundo surco de amor en la llanura humana.

José Nogales y Nogales.



HACIA LA LUZ.



Alma ¿escuchas el trino de la alondra que canta bajo el misterio de la selva trémula, sobre la frasca rama?

Alma, ¿ves como agita sus transparentes alas el cisne entre las linfas, formando un iris de brillantes lágrimas?

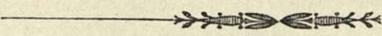
Alma, ya que tú tienes la divina garganta de la alondra del bosque, alza también tu trino. Sean blancas como azahares de nupcial corona, como ignoradas lápidas, como azucenas muertas, tus íntimas plegarias...

Alma, ya que posees como el cisne dos alas para subir al cielo azul de la esperanza, vuela también, sí... vuela! Las errabundas auras que el amorar perfume de los Edenes aspirando pasan, embriagarán tus sienas trágicamente pálidas!...

Oh, mi alma! canta y vuela; sube hasta el cielo de tu ideal: derrama como la nube errante, en el vacío, todas tus perlas de alabastro y plata,

Oh, mi alma! vuela y vuela, mas siempre tu mirada lleva fija; no vuelvas oh! nunca tus pupilas calcinadas: que atrás está la noche de tu acerba nostalgia, que atrás está el recuerdo y el nubarrón inmenso de tus lágrimas!...

Valentín Branđeu G.



LA MUSICA,



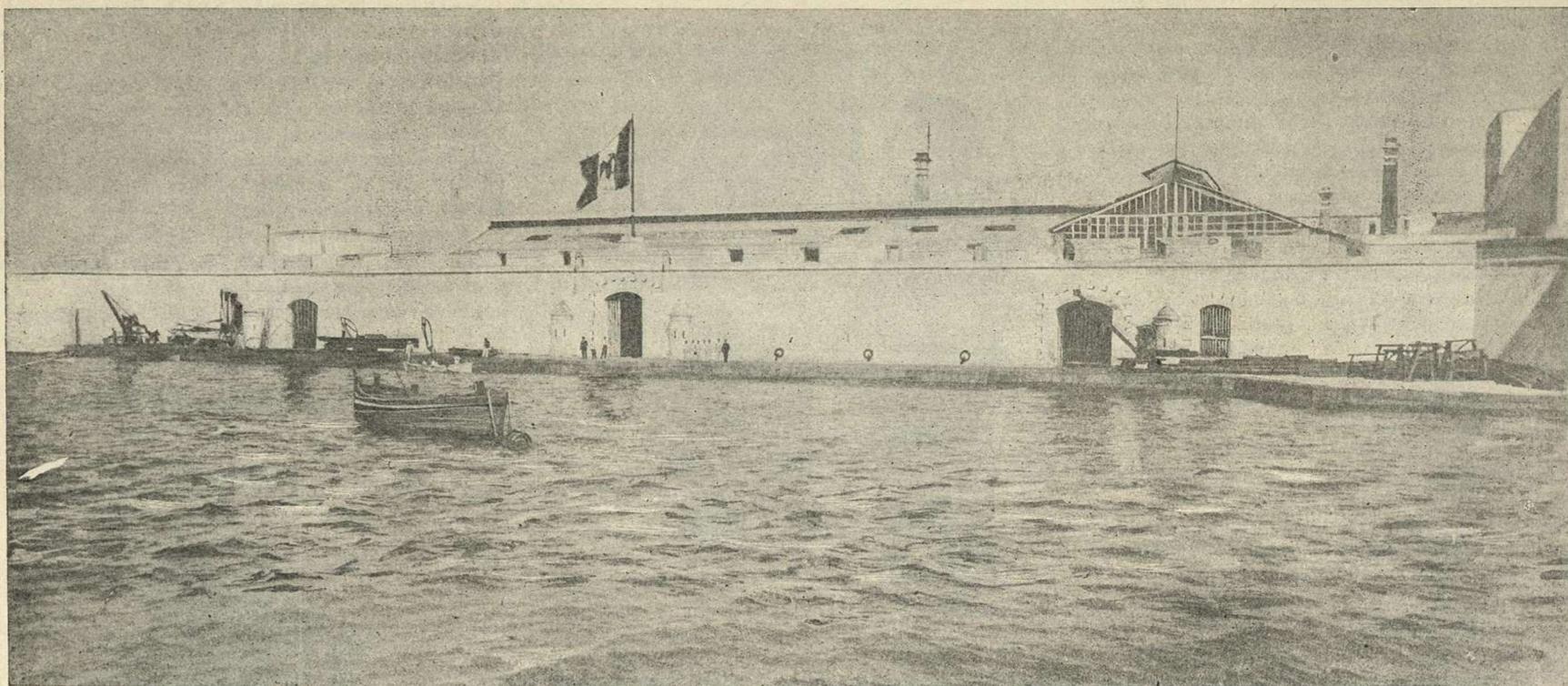
Dulce como la voz de la serpiente Se eleva entre el follaje rumoroso De la grana, y el beso voluptuoso Despierta y la caricia dulcemente.

Los restirados nervios, suavemente Excita con su ritmo vagoroso, Y gime femenil en el lloroso Oboe cristalino de la fuente.

Arrulla en las cadencias sugestivas El reclamo sensual de las lascivas Tórtolas de cabezas tornasoles,

Y escucha sus murmullos el oído Vagos y misteriosos como el ruido Del mar en los rosados caracoles.

Efrén Rebolledo.



ARSENAL DE VERACRUZ.---Vista general.

Nuestros Grabados.

EL ARSENAL NACIONAL.

Todos los viajeros que se detienen en Veracruz, visitan y recogen datos acerca del Arsenal Nacional y el Dique Flotante, cuyas obras determinarán al cabo del tiempo las mayores ventajas para nuestro primer puerto mexicano.

El Arsenal Nacional, fundado en 1897, es un establecimiento fabril naval militar, que depende, por lo tanto, de la Secretaría de Guerra y Marina.

A él corresponde el Dique Flotante, obra de primera calidad que ya ha producido buenos resultados.

El Arsenal y Dique tienen por objeto, según el reglamento expedido recientemente:

I.—La limpia y reparación de los buques nacionales de Guerra.

II.—La construcción y reparación de todo el material de los mismos buques.

III.—La limpia y reparación de los buques del comercio, nacionales ó extranjeros, así como la construcción y reparación del material de los mismos.

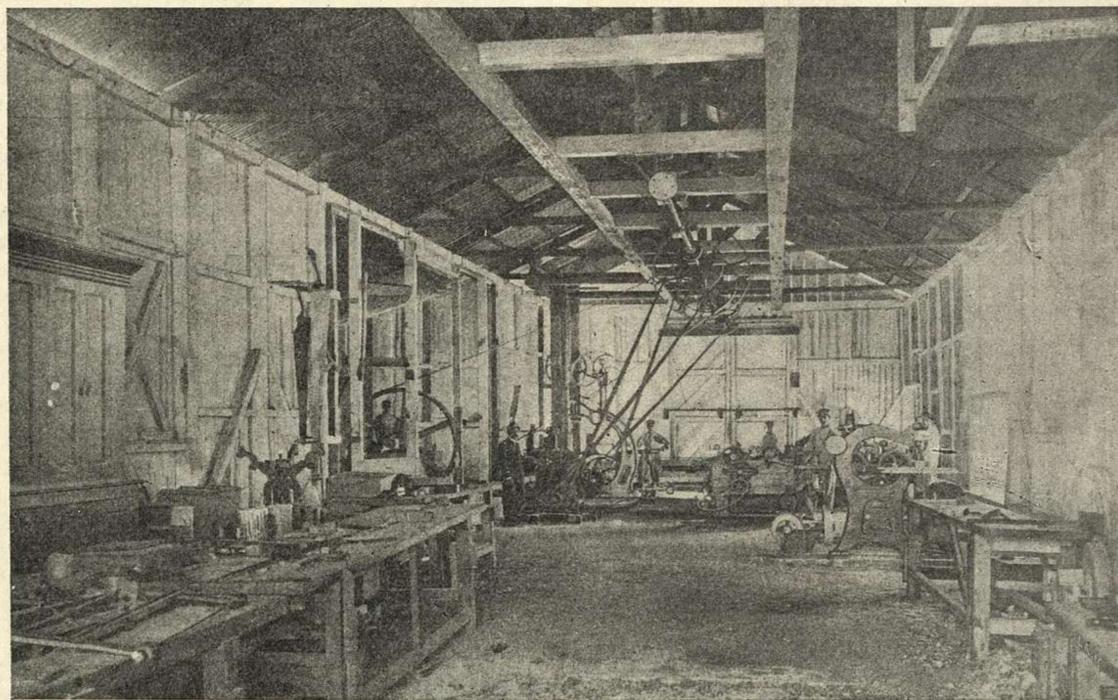
IV.—Sin desatender los trabajos de los buques, hacer los que de él reclame la industria privada.

V.—La conservación en sus almacenes de todo el material, vestuario y equipo del Arsenal y Buques de Guerra.

El Arsenal está mandado por un Jefe que tie-

ne el carácter de Director y lo es actualmente el Capitán de Navío, Sub-inspector General de Máquinas, Flaviano Paliza, quien tiene á su cargo los

El personal se compone, además del segundo Comandante, que es á la vez Jefe del Detall, de un ingeniero naval encargado del estudio, pro-



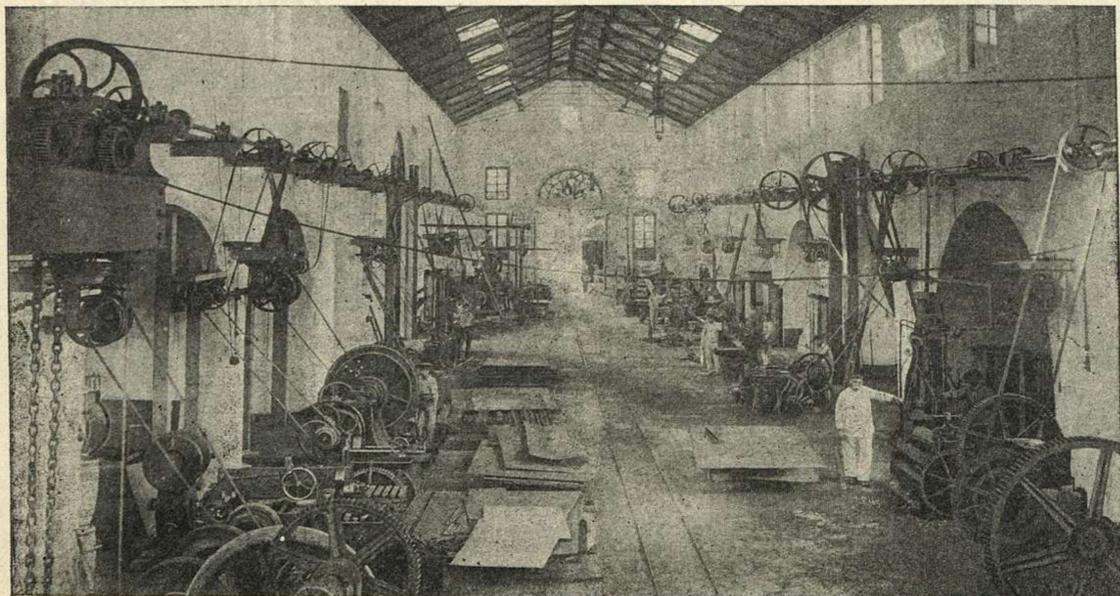
ARSENAL DE VERACRUZ.---Carpintería.

asuntos técnicos y administrativos del establecimiento.

yecto y ejecución de los trabajos y presupuestos, según las instrucciones del Director, de dos subtenientes, un subteniente con el carácter de secretario y encargado de la Biblioteca, dos escribientes, un oficial de mar de primera ó primer contramaestre, un tercer maestro de armas ó tomador de tiempo, un tercer contramaestre ó cabo de mar de primera, dos cabos de mar de primera, ó segunda, dos cabos de mar de segunda ó marineros de primera, seis marineros de primera, otros tantos de segunda, un dibujante, un maquinista mayor ó primer maquinista de primera, un primer maquinista de primera ó segunda, un segundo ó tercer maquinista, un tercer maquinista electricista, cuatro fogoneros de primera, tres de segunda, un guarda almacén de primera y otro de segunda, varios maestros de taller, un cocinero y varios criados.

El Sub-Director cuida del Detall y lleva los libros respectivos de entrada y salida de los buques, el registro de obreros, el de las obras que se ejecutan, la relación de las cantidades que se cobran por dique y obras del Gobierno y de particulares; en una palabra, hace la vigilancia general y substituye al Primer Director en sus faltas temporales.

Los oficiales hacen el servicio de vigilancia del



ARSENAL DE VERACRUZ.---Taller de Maquinaria.

Arsenal y Dique por turnos, y auxilian á la Dirección en sus labores.

Los dibujantes auxilian las labores de los Ingenieros. El Contador Mayor se encarga de los libros de contabilidad, comprobando las diversas partidas, de acuerdo con las disposiciones establecidas.

Los guarda-almacenes cuidan de la conservación de todos los objetos que les han sido entregados, y antes de haber tomado posesión de sus puestos han caucionado su manejo, teniendo la obligación de formar las facturas de cargo y data y de presentar en determinadas épocas los estados correspondientes al material, con la relación de lo que hubieren recibido ó entregado.

Los maestros de taller—hay uno para cada ramo—además de conservar la herramienta de su dependencia y de la documentación respectiva, distribuyen el trabajo entre los operarios y revisan todas las obras ejecutadas antes de que salgan del taller. Además, auxilian á los Ingenieros en los reconocimientos, formación de presupuestos, etc.

La misión de los ingenieros navales es exclusivamente técnica, siendo de su obligación los reconocimientos y formación de proyectos, planos y presupuestos que les ordene la Dirección.

Con lo que dejamos dicho, se ve que el personal del Arsenal y Dique es muy completo.

Agregada al establecimiento, hay una escuela para formar en ella obreros idoneos en los diversos ramos. Los aprendices admitidos son de dos clases: de plaza y supernumerarios.

Su aprendizaje lo hacen en tres años.

La escuela está muy bien atendida y en la actualidad abundan los alumnos.

Respecto al dique, diremos que el 21 de Julio último la Secretaría de Guerra autorizó una tarifa de entradas, salidas y estadias de los buques en aquel, estableciéndose las cuotas correspondientes.

CUARTELES EN EL ESTADO DE HIDALGO.



Nuestros grabados representan la vista general de la fachada y un detalle de la misma, de los nuevos cuarteles que se construirán próximamente en terrenos contiguos al Rastro de Ciudad, en Pachuca, capital del Estado de Hidalgo, los cuales se destinan á hospedar fuerzas de Caballería ó Infantería de la Federación ó del Estado.

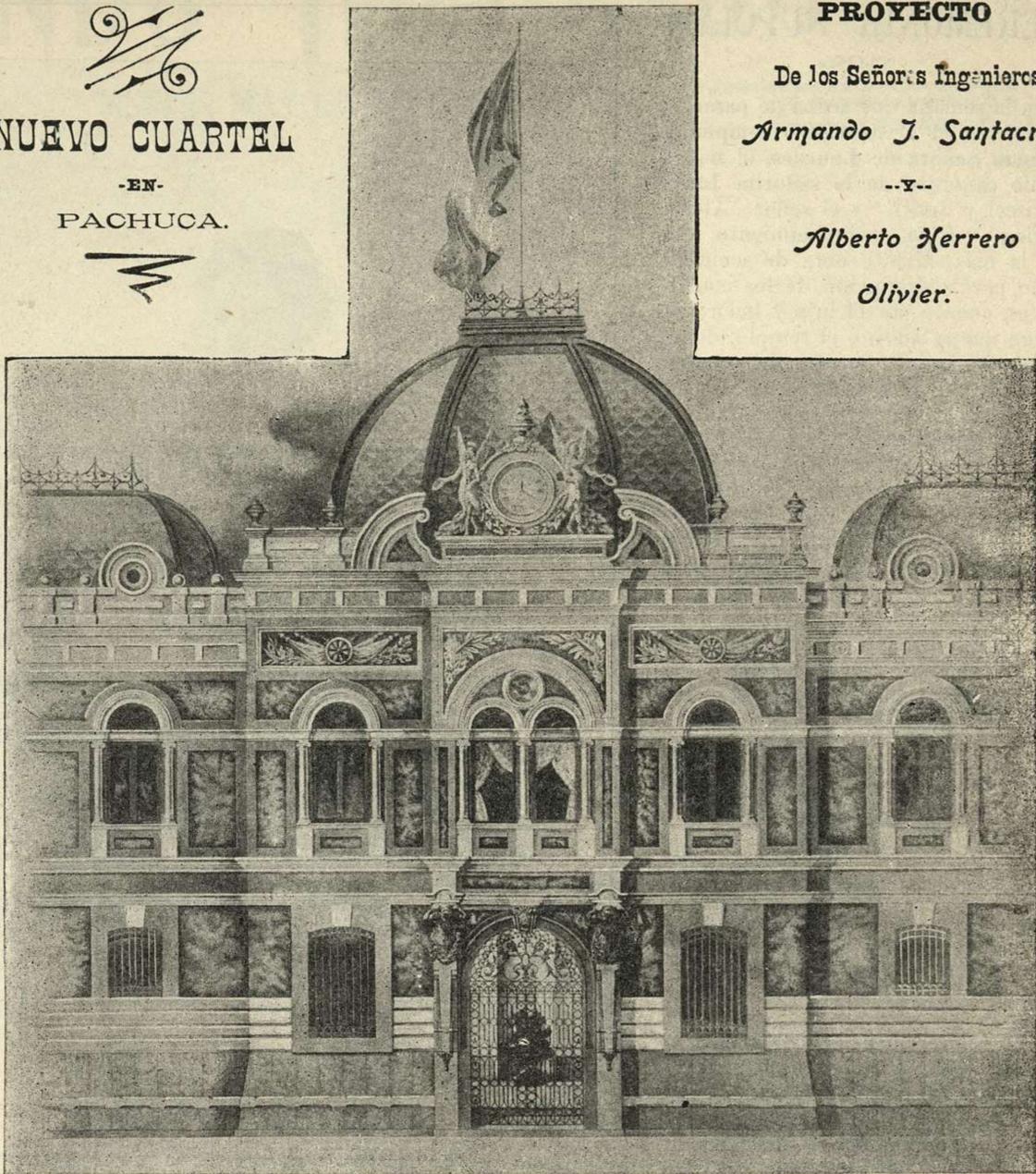
El Gobierno del Estado de Hidalgo, comprendiendo la necesidad de tener en Pachuca un edificio, que por su amplitud y distribución interior tenga capacidad para alojar tropas que prestan su contingente de seguridad á la capital y á todos sus Distritos, dispuso construir un edificio "ad hoc," encargando de la formación del proyecto á los Sres. Ingenieros Armando I. Santacruz y Alberto Herrero Olivier.

De este nuevo edificio que viene á embellecer la ciudad y á prestar gran utilidad pública, vamos á procurar hacer una pequeña descripción.

La fachada, como se vé, es de tres pisos, incluso el Maussard, habiéndose adoptado para los pisos segundo y tercero, el estilo "Renacimiento

NUEVO CUARTEL

-EN-
PACHUCA.



Detalle del centro de la fachada.

Francés," y para la planta baja ó base del edificio, el estilo "Toscano."

Aún cuando el aspecto de la fachada es monumental, su costo resulta relativamente muy reducido, si así se desea, pudiéndose emplear de material solamente piedra para las mochetas, cornisas, molduras y salientes, y lo demás se puede hacer con ladrillo ó con mampostería irregular.

Su distribución interior está hecha, siguiendo en todo los adelantos militares é higiénicos modernos, adaptándolos á los usos de nuestro Ejército, y á las costumbres inveteradas en él existentes; sin embargo, en la nueva construcción se ha procurado disponer todo de tal manera, que el soldado vaya morigerándose. En la planta baja se han dispuesto las salas de banderas, bien ventiladas y amplias, cocinas, macheros y otras dependencias, en donde el soldado tiene que permanecer la mayor parte del tiempo; reservándose el segundo piso para establecer en él las oficinas, cuartos de oficiales, salas de Academias, Pagadurías, etc.

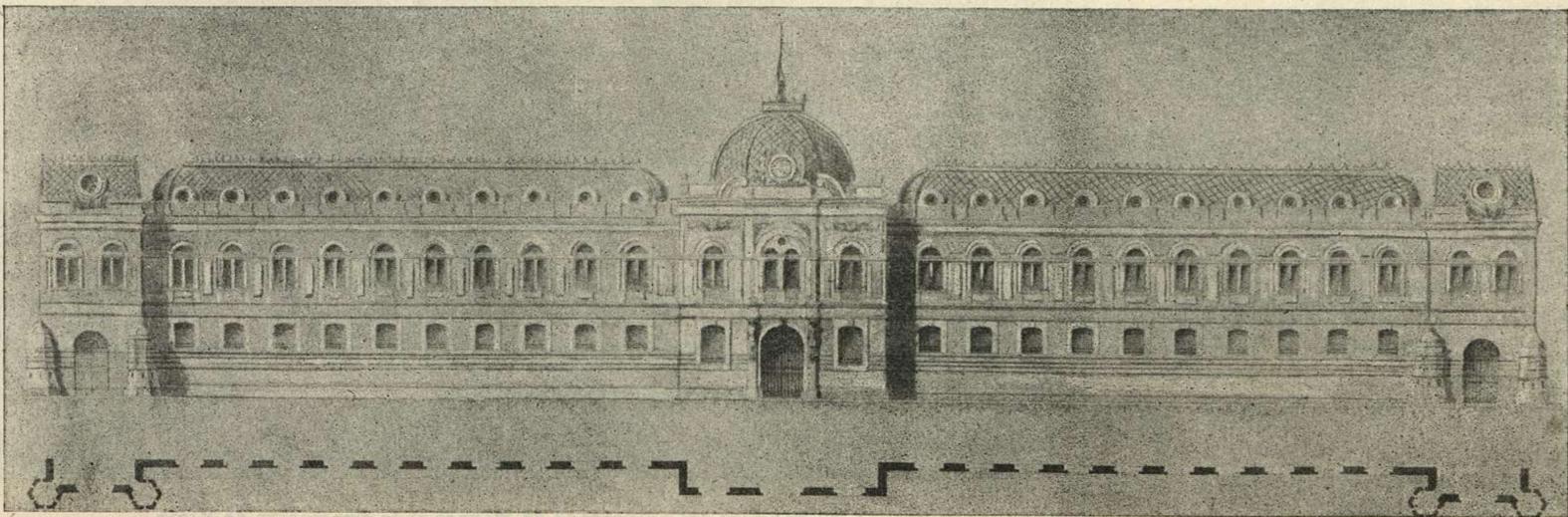
Ambos cuarteles estarán dotados de baños de

regadera y lavaderos, teniendo los Oficiales unas salas de recibir, para las personas que vayan á visitarlos.

El sistema empleado para las cocinas, así como la disposición de los graneros y el sistema de los excusados, son enteramente nuevos y se adaptan perfectamente á las necesidades y comodidades para el servicio, realizándose con la disposición dada á las cocinas, una gran economía en el combustible.

Según se nos ha informado, ese sistema tan bueno de cocinas fué ideado por el señor Presidente de la República, en una de sus visitas efectuadas á los cuarteles de esta capital, habiendo dicho señor, dado sus ideas á los ingenieros referidos, á fin de que éstos desarrollasen y formasen el proyecto respectivo.

El bonito proyecto que hoy publicamos, con todos sus detalles, plantas, distribución, etc., figurará en la acutla Exposición de París, á donde fué remitido por el Gobierno del Estado de Hidalgo.



Vista de la fachada del Cuartel de Pachuca.

PROYECTO

De los Señores Ingenieros
Armando J. Santacruz

--Y--

Alberto Herrero
Olivier.

CEREMONIA NUPCIAL.

En la semana que acaba de pasar, se celebró en el aristocrático templo de Nuestra Señora de Lourdes, el matrimonio canónico de la señorita Laura Mariscal y Smith y el señor Alonso Mariscal y Piña, acontecimiento que fué la más saliente nota de sociedad, tanto por la distinción de los contrayentes, cuanto por el lujo y buen gusto con que se adornó el templo, donde se dió cita lo más florido de nuestra sociedad, entre cuyas familias la señorita Mariscal y su esposo cuentan con grandes simpatías.

Apadrinaron á los novios los señores D. Ignacio y D. Alonso Mariscal y las señoras Doña María Piña de Mariscal y Doña Laura Smith de Mariscal y terminada la ceremonia los desposados recibieron las más afectuosas felicitaciones.

A continuación insertamos las poesías que se dedicaron á la bella desposada con cuyo retrato engalanamos hoy nuestras columnas.

Á LAURA.

Dile adios á la playa de la vida,
Donde florece la ilusión sin llanto,
Y con la vela de esperanza henchida
Surca el mar que te da la bienvenida
Con su divino y misterioso canto.

Tu no temes, oh rubia peregrina,
Que borrascas sin fin tegán los mares
Y al escuchar tu risa cristalina,
Enamorado el Porvenir se inclina
Y besa tu guirnalda de azahares.

Tu conoces la mística faena
De convertir en miel toda amargura
Y hay una mujer cristiana y buena
Ocultá en la corola de azucena
De tu belleza inmaculada y pura.

Por eso se adivinan bajo el velo,
Ampo de luz de tus nupciales galas,
Nacidas de tu alma en el anhelo
Amor y fe, las dos inmensas alas
Con que tú sabes acercarte al cielo.

Oh! Laura, mientras por tu dicha imploro
Y cuanto vive y ama el alma coro
De Abril por tí desde la playa entona,
Deja que cuelgue en tu bajel de oro
Esta mi humilde y pálida corona.

Justo Sierra.

Abril 26 de 1900.

El siguiente soneto iba inscrito en un artístico jarrón de metal, obsequio del señor Don Balbino Dávalos.

AZAHAR

Sol de la juventud, resplandeciente,
desde el cenit, tu claridad envías
á un nuevo hogar, que arrebolado habías
con tu primer destello en el Oriente.

Bajo los rayos de tu luz ardiente
y al hechizo de mutuas alegrías,
encantados sucedanse los días,
la vida en paz, sin aprensión la mente.

Del amplio cielo que á cruzar te aprestas,
avanza á las regiones del acaso
tiñendo cumbres y dorando cuestras,

y las nieblas que surjan á tu paso,
prendan sus gasas del azur, dispuestas
á reflejar los iris del ocaso.

Balbino Dávalos.



Sra. Laura Mariscal de Mariscal.

A la distinguida niña Doña Laura Mariscal.

LA PROFESIA NUPCIAL.

De las etéreas bóvedas vacías
Al diminuto insecto de la tierra,
Todo cuanto en su seno el orbe encierra,
Rima en escala eternas armonías:

El ave, Laura, da sus melodías
Entre los densos bosques de la sierra;
La flor, el río, el volcán que aterra
Y la luz en sus diurnas agonías,

Riman la musical gama armoniosa
Pero ¡ay! aquel "cantar de los cantares"
"La rima de las rimas" sólo dala

El pecho amante de mujer hermosa:
De Dios bendito el tuyo en los
altares,
Dará al rimar la musical escala!

José de Fonseca.

El Pabellón del Principado de Mónaco

EN LA

EXPOSICIÓN DE PARIS.

Si el Estado de Mónaco es, bajo el aspecto de un territorio más pequeños que existen, no por esto está menos bien representado, sobre los bordes del Sena, por un pabellón de hermoso aspecto, que rivaliza en dimensiones con las construcciones vecinas, levantadas por las potencias de primer orden.

El arquitecto ha adoptado para su edificio un programa por demás original. Ha ideado una torre feudal del siglo XIII, una vieja atalaya con fortines y con almenas, de aspecto enteramente marcial, al rededor del cual, al principio del siglo XVI. Algún príncipe seducido por la elegancia y la gracia de formas del Renacimiento, habría hecho construir una pequeña "villa," un casino, la casa peculiar de los campos, de las cuales se hacen notar tantos ejemplares, al rededor de Florencia y de Roma. El Pabellón de Mónaco reproduce fielmente una de estas graciosas habitaciones de placer, son su "res-dechaussée," acribillada de originales balcones, su galería del primer piso, la "loggia" abierta extensamente sobre el espacio, y su terraza superior que liga el ante-cuerpo de los ángulos, coronados por esbeltos campanarios, de techos ágiles. Las construcciones del Renacimiento se prolongan, y se enlazan á la torre feudal, á la cual forman una galería descubierta, edificada sobre fuertes cimientos. La torre es enteramente negra, completamente oscurecida por el efecto de los años, y el casino todo, blanco, enteramente claro, en el brillo radioso de su mármol blanco y de sus frescos vivamente coloreados.

cer, son su "res-dechaussée," acribillada de originales balcones, su galería del primer piso, la "loggia" abierta extensamente sobre el espacio, y su terraza superior que liga el ante-cuerpo de los ángulos, coronados por esbeltos campanarios, de techos ágiles. Las construcciones del Renacimiento se prolongan, y se enlazan á la torre feudal, á la cual forman una galería descubierta, edificada sobre fuertes cimientos. La torre es enteramente negra, completamente oscurecida por el efecto de los años, y el casino todo, blanco, enteramente claro, en el brillo radioso de su mármol blanco y de sus frescos vivamente coloreados.



El Pabellón del principado de Monacá en la Exposición de París.